

## Años de cambio

Los alumnos y profesores de la UCV estábamos en un año muy importante, ya que había que decidir si nos íbamos de la Escuela de Valparaíso o nos incorporábamos a la recién llegada desde Santiago.

El taller arquitectónico en sus distintos niveles proponía la ejecución, en un mediodía o una jornada de trabajo, de un ejercicio en que se planteaba un preproyecto que debía realizar cada alumno en ese tiempo, el que era corregido por el profesor de acuerdo a su experiencia —viajes a Europa y lecturas de los arquitectos de renombre como Le Corbusier, Ludwig Mies van der Rohe, Frank Lloyd Wright, Oscar Niemeyer. Al final del correspondiente taller se ejecutaba un «proyecto», el que consistía en una única proposición igual para todos los alumnos de un respectivo taller, e iban siendo más complejos, exigentes y evaluados según el nivel cursado. Solo cuando llegaba al proyecto de título, el alumno presentaba una proposición a partir de un concepto propio. Se trataba de trabajar con lo que estaba en boga en esos tiempos: «la forma sigue a la función», según los maestros europeos. Luego el ejercicio del taller consistía en encontrar la mejor forma espacial posible para conformar espacios habitables, interiores y exteriores. Era la época del funcionalismo. Por otra parte, los nuevos materiales de construcción como el hormigón armado permitían nuevas formas, y su cálculo estructural era un elemento en constante desarrollo. La pintura, la música, la religión establecían un diálogo permanente con el espacio arquitectónico habitable.

En 1952, todos los alumnos del taller presentes estaban muy atentos a lo que dijera Alberto, cuyo lenguaje para los de la anterior Escuela nos resultaba casi ininteligible. Revisaba las láminas

de las tareas y preguntaba a cada uno algo acerca de su presentación, y le daba una nueva tarea. Llegó a mi lámina, que estaba en blanco. Respira profundamente y pregunta luego de unos segundos (que para mí fueron siglos): «¿De quién es esta lámina?». «¡Mía!». «Ah... ¿y cómo piensa seguir?». Le respondo con mucho énfasis: «¡No pienso seguir!». Otros segundos de espera y me dice con calma, como si no hubiera oído mi respuesta: «Entonces, vas a hacer tal cosa...». Lo que me dijo a continuación se convirtió en una clase magistral para todos, ya que con esas palabras «se nos abrieron los oídos».

El asunto al cual me había opuesto yo y otros durante ya dos años —por no abrirnos a entender tozudamente el nuevo lenguaje—, tales como la observación versus la función, el fundamento como parte esencial a una obra, y otros asuntos propios de una real postura creativa, después de esta corrección fue como que se nos hubiera abierto el entendimiento. A partir de ese momento empezamos a descubrir lo que se nos quería proponer como camino hacia la Arquitectura como «obra de arte» y no mera solución a la falta de viviendas.

Justo Uribe Olmedo